

NIÑOS DE LA BIBLIA.



ELISEO RESUCITA Á UN NIÑO.

XXIV.

ELISEO Y LOS NIÑOS.

Agobiado con el peso de los años mas que con las fatigas de un penoso viage, subia un anciano respetable por el empinado y escabroso camino de Jericó á Bethel, ansiando llegar cuanto antes á este último punto para encontrar en él algun descanso por término de su jornada. Ya cuando estaba á

Diciembre de 1818.

vista del pueblo, reparó en una cuadrilla de muchachos, todos vecinos de Bethel, que jugueteaban alegremente allí donde podian disfrutar el aire puro del campo, no lejos de las casas de sus padres. La vista de los niños y de sus bulliciosos é infantiles juegos parece que anima y aun rejuvenece á los ancianos, pues les recuerda otro tiempo mejor; por eso aquel respetable varon miró complacido á los niños, viéndose en verdad muy mal correspondido en el mismo momento en que les dirigia su bondadosa mirada. Uno

TOMO II. 25

de aquellos muchachos, que sin duda debió ser el mas atrevido y maligno de todos ellos, fijó su atencion en el anciano, y en el instante empezó á designarle y manifestársele á los demas con los mas ridiculos y burlescos ademanes. Siguiéron los demas el ejemplo con grande algazara, y el buen viejo tuvo que seguir su camino corrido y pesaroso al verse hecho objeto del escarnio universal. Este anciano era sin embargo el hombre mas respetable é influyente de su época: era Eliseo, el discípulo predilecto de Elias, y el que habia heredado con el manto el espíritu profético de su maestro; era, en fin, el que hacia temblar sobre sus sáculos á los monarcas impíos y el que pronosticaba á los buenos las victorias que habian de conseguir sobre sus enemigos. Pero los niños incapaces de conocer el fondo, suelen juzgar muy mal por las apariencias, y las de Eliseo que tanto debian prevenir á su favor, sirvieron solo para motivo y fundamento del escarnio.

Chocó desde luego á los pilluelos la espaciosa calva del profeta, la que sin embargo realzaba la magestad de su rostro, terminado por una espesa y prolongada barba.

—¡Calvo! calvo! calvo!

Tal fué la aclamacion general en que prorumpieron los malignos muchachos, atronando los oidos del pobre viejo, siguiéndole con importunidad, y animados cada vez mas con su misma voceria, ostigándole y acoándole sin cesar con sus ademanes y con las repetidas voces de

—¡Calvo! Sube, calvo!

Una justa indignacion sucedió á la mansedumbre de Eliseo impacientado de tal manera, y estendiendo su brazo hácia los pertinaces muchachos, pronunció estas formidables palabras que nunca salieron en vano de la boca de un profeta.

—¡Malditos seais en el nombre del Señor!

¡Cosa verdaderamente milagrosa! En el mismo instante aparecieron por el lindero del vecino bosque dos formidables osos, y saltando de improviso en medio de la burlesca y retozona

cuadrilla, trocaron bien pronto las risas en gritos de espanto y ayes lastimeros, haciendo en los niños un terrible y sangriento destrozo.

Tan egemplar y severo castigo manifesta hasta qué punto aborrece Dios á los que no respetan y honran á los ancianos, y muy particularmente á los niños malignos y desvergonzados que se atreven á burlarse de ellos. Si la vejez es digna de respeto á los ojos de todo hombre sensato, mas debe ser á vista de los niños, que mirando en los ancianos la imagen de sus padres, deben tenerles un profundo y casi filial respeto.

Este mismo Eliseo que tal severidad usó entonces con los malvados niños, era sin embargo el mejor amigo de la infancia y el que á fuerza de prodigios hizo que hallasen sustento las hijas de la pobre viuda de Abdias, y el que salvó al hijo de una piadosa muger de la ciudad de Suna, por medio de otro milagro no menos patente. Repetidas veces habia aquella muger hospedado y agasajado al santo profeta, que en premio de su caridad, le habia alcanzado de Dios tuviese un hijo para que fuese el consuelo de sus últimos dias y para que cesase la nota de esterilidad con que era motejada. Nada igualaba el contento de la madre al ver conseguidos sus deseos; pero en el colmo de su alegría, negros presentimientos le asaltaban, y estrechando contra su pecho la cabeza de su hijo querido y cubriéndola de besos, algunas veces solia preguntarse interiormente:

—¡Ah! ¿Y si se me llegase á morir?

—Pues bien, esto es lo que acababa de suceder. Volviendo Eliseo un dia de sus penosas escursiones y al entrar en casa de la hospitalaria muger, el primer espectáculo que se ofreció á su vista, fué el niño en quien aquella muger cifraba su cariño, tendido en el suelo y asomando ya á su bello rostro los lívidos colores de la muerte. La pobre madre, anegada en llanto y arrodillada junto al inerte cuerpo de su hijo, no apartaba de él los ojos, como si todavía dudase de lo que estaba viendo, como si no quisiera di-

sipar la única ilusión que le quedaba.

Muy grande, muy justo es el dolor de una madre. Perder el fruto de sus entrañas á costa de tantos afanes conseguido, perderle despues de haberle alimentado, vestido é instruido durante los primeros años de la vida, para que pueda corresponder algun dia á tantos desvelos, perderle precisamente en el momento en que pudiera ser útil y cuando se habia conseguido salvarle de los azares de los primeros años! ¡Ah! era aquel un verdadero motivo de sentimiento, por que todos los recursos de una madre, y mas si es pobre, y mas si es viuda, se cifran en su hijo.

Eliseo llega y lo comprende todo; los circunstantes vuelven su vista hácia él como animados por una fugitiva esperanza; la madre, que tiene la mayor fé en el profeta, se vuelve hácia él, pero sin abandonar el cuerpo de su hijo, y esclama con la espresion del mas profundo dolor.

—¡Sola, sola en el mundo!

El anciano profeta, vivamente conmovido y apiadado de tanta desventura, se abre paso, aparta á la desconsolada madre, se inclina sobre el cada-

ver del hijo, fija sobre él sus manos, y en seguida, en el instante mismo, el cadáver se agita, se mueve, se incorpora y el niño, en fin, llevando primero la mano hácia la cabeza, abre al fin los ojos y los fija asombrados en su madre. Lanza esta un grito de júbilo y va á precipitarse sobre su hijo; pero no, un sentimiento mas poderoso la contiene, y vuelta de improviso hácia el santo profeta, á quien todos los circunstantes contemplan respetuosos y como aterrados, se arroja á sus plantas y le da las gracias con tales demostraciones, que ya rayan en adoración.

Eliseo que sabe muy bien lo que pasa en el interior de los que le rodean, rehusa todas las demostraciones, y queriendo darles una leccion saludable, aparta de sí con una mano á la entusiasmada muger y elevando la otra hácia el cielo, esclama:

—No soy yo, no es un débil mortal el que da la vida. El Señor de los cielos es el que se la ha dado á este niño por segunda vez, conforme se la dió la primera.

F. F. VILLABRILLE.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

VII.

TEUDIS.

Con la muerte de Amalarico terminó la estirpe real de Alarico; la corona en esta sazón, es sabido que era electiva y en su consecuencia los godos se vieron obligados á nombrar un nuevo rey; al fin Teudis fué el indicado, y aun el aclamado para ocupar tan

eminente puesto. Varias eran las circunstancias que en su favor reunia este personage para que su eleccion fuese tan unánimemente aprobada. En primer lugar habia dado en épocas anteriores, pruebas muy evidentes de ser mañero y soberbio lidiador en campaña, durante las guerras pasadas con los francos; en la paz habia dado á conocer su gran prudencia, mientras fué tutor del finado Amalarico, en cuyo tiempo tuvo suficiente talento para captarse las voluntades de cuantos le obedecian; y por último, habia tenido

la fortuna de casarse con una de las señoras mas principales y poderosas de España, que le trajo en dote un estado, el que le suministraba los necesarios elementos para poner en pie dos mil combatientes. Todo esto reunido, le allanaba por decirlo así, el camino por donde tenia que transitar para llegar al trono.

Después del trágico fin de Amalarico, de la pérdida de varias poblaciones que poseian los españoles, y que pasaron al dominio de los francos, y del vejamen que espermentó la nacion entera con semejante descalabro, parecia ya terminada la venganza de los reyes de Francia. No obstante, la desgraciada Clotilde, viéndose libre de todo riesgo en su patria, y bajo la salvaguardia de sus victoriosos hermanos, refirió á estos muy menudamente el prolongado martirio que habia espermentado mientras vivió con su difunto esposo. Enardecieronse mas los ánimos de estos monarcas al escuchar detenidamente la prolifa relacion de tantos infortunios, y acordaron que aun no estaba enteramente cumplida la satisfaccion de tanto agravio. Mirábase de hito en hito los hijos de Clodoveo, sus feroces miradas dicen mas que las palabras, se comprenden, se dan las manos, y resuelven continuar la guerra contra los godos.

—¡Guerra á muerte! esclama Childebarto.

—¡Guerra á muerte! repite Clotario ronco de cólera.

Con efecto, á la cabeza de un ejército numeroso y disciplinado, salieron de los dominios de Francia y penetraron en España, llevándolo todo á sangre y fuego; talaron la provincia Tarraconense, y en seguida pusieron sus miras en Zaragoza, á la cual cercaron en breve. Los moradores de aquella ciudad reclamaron la presencia de su rey; vino Teudis, animó á aquellos ciudadanos con palabras y acciones, y hasta cierto punto lograron rechazar á los enemigos; mas estos no se acobardaron ni por el primero, ni por el segundo descalabro, antes bien redoblaron su impetuosa saña contra los sitiados y juraron hacerse dueños de Zara-

goza aun cuando para ello fuese preciso derramar toda la sangre de los guerreros francos. Los zaragozanos que vieron la obstinacion de sus contrarios y los pocos recursos con que contaba la ciudad para prolongar el sitio, antes que entregarse á los hijos de Clodoveo, recurrieron á un arbitrio del cual, aseguran los historiadores que fué el mismo Teudis el inventor, y cuenta con que Teudis era arriano como sus antecesores.

En tan inminente peligro acudió el pueblo á la plaza, invocó en su ayuda á San Vicente mártir, á quien tenían por patron, y una vez ejecutada esta súplica reverente, los hombres se pusieron sayales negros, y las mugeres con el cabello suelto, la cabeza encenizada, y ciñendo la túnica de San Vicente, precedidas de los hombres, dieron vuelta á los muros en este jaez, llorando é implorando el socorro del cielo. Clotario y Childebarto, que observaron tan extraña cuanto inesperada procesion, no acertaron á comprender lo que todo aquello significaba, y creyeron en un principio que era cosa de encanto ó hechiceria. Dispusieron que algunos espías penetrasen en la ciudad y averiguasen el singular suceso, y cuando ya iba á ponerse por obra el referido mandato, acudieron varios soldados que traian prisionero á un pastor. Mucho se holgaron los reyes de ver á este hombre en su presencia, que sin duda iba á descifrar el incomprensible enigma.

—Dí, buen pastor, exclamó Clotario ¿nos explicarás los motivos de esa procesion?

Señor, respondió el pastor; San Vicente mártir es nuestro patron, y mis compatriotas imploran su divina proteccion para que los ayude en el terrible asedio que espermentan.

—Soldad á ese hombre, exclamó Childebarto; no se le haga ningun daño.

—¿Qué haces? preguntó Clotario á su hermano. ¿Cuál es tu intento?

—Levantar el sitio, respondió Childebarto, y buscar medios de entrar en Francia cuanto antes.

—Pero ¿qué temes, qué recelas?

—Un descalabro que tal vez no pueda repararse nunca. ¿Sabes por ventura, prosiguió, lo que es capaz de conceder un santo cuando todo un pueblo le implora con tales demostraciones de acatamiento? No dudes que la victoria sera de los sitiados... ¡huyamos!

El campesino fué puesto en libertad, y los reyes francos huyeron poseídos de un terror pánico. Pero cuando Teudis tuvo noticia de la fuga de sus contrarios, creyó que era llegado el oportuno momento para el logro de su victoria, y salió de Zaragoza con cierto número de soldados en persecucion de los fugitivos á los cuales alcanzó no lejos de los Pirineos, y los obligó á meterse precipitadamente en Francia, no siendo escaso el botín que recogieron los godos, ni corto el número de prisioneros. Según escribe San Isidoro, Teudiselo, uno de los mas acreditados generales del ejército godo, tuvo una gran parte en esta refriega y á su pericia y acertadas disposiciones se debió tal vez este singular trofeo en las estrechuras y pasos de los Pirineos.

Teudis á vista de semejante triunfo meditó nuevas empresas, atravesó el estrecho de Gibraltar, y puso sitio á Ceuta, cuya importante poblacion pertenecia al dominio de los imperiales. Muy apretado fué el sitio que los visogodos pusieron á la ciudad, mucha la ventaja que sobre los sitiados tenian y á no dudarlo, la victoria hubiera sido de Teudis, si no se lo hubieran estorbado sus escrúpulos piadosos, pues á pesar de ser arriano, guardaba con rigor la fiesta del domingo, y cuando llegó este día se abstuvo de entrar en lucha con sus contrarios y mandó á sus soldados que se entregaran al culto divino. Los sitiados entonces se aprovecharon de esta favorable coincidencia y salieron de Ceuta como leones carnívoros y cayeron sobre los godos ocupados en la celebracion de sus ritos, y fué tanto el destrozo que hicieron, que casi todos los sitiadores perecieron en la matanza, y el mismo Teudis estuvo á punto de caer en manos de los feroces sitiados. Habianle matado el caballo y largo tiempo an-

duvo por bosques, substrayéndose al rigor de sus enemigos, cuando un joven llamado Glisiaco acertó á encontrarle acompañado de otro guerrero godo, que tambien huía con el soberano. El jóven Glisiaco se apeó del arrogante caballo que montaba y se lo ofreció rendidamente á Teudis.

—Cabalgad, señor, le dijo: mas ligero es que el viento, y él os pondrá á salvo.

El misterioso aspecto de Glisiaco, sus ojos grandes y saltones, su cabello crecido y en desorden, su vestimenta rota y empolvada, y su ninguna insignia militar, llenaron de espanto á los fugitivos.

—¿Quién eres? le preguntó Teudis.

—El demonio, exclamó Glisiaco. ¿Que os importa saber mi nombre cuando os doy mi caballo para que os pongais en salvo?

—¿Qué llevas en ese cinturón de cuero? preguntó Teudis al desconocido.

—Un puñal, ¿no lo veis?

—¿Eres bandido?

—No, soy el demonio; y este puñal que veis, está sin vaina; pero no la necesita; hace mucho tiempo que está fabricada, y ando buscando la ocasion de meterle en ella... La vaina de este puñal es el pecho de mi enemigo.

—¿Quién es tu enemigo?

—Ah! dijo Glisiaco enarcando las cejas y cerrando los puños; esa historia no puedo referirla en este lugar; poneos en salvo, señor, y si me concedéis una audiencia en vuestro palacio, yo os explicaré á solas los motivos que existen para que yo ande errante y con las apariencias de un bandido; yo tenia que pedir os justicia, y creo que vos me la hareis.

—El auxilio que me prestas, me pone en la obligacion de protegerte. Adios, prosiguió Teudis cabalgando al par que su compañero, cuando sepas que he logrado libertarme del riesgo, acude á mi palacio y procura ponerle en mi presencia, que yo te escucharé y haré la justicia que desees.

El rey apretó los hijares al corcel prestado, y Glisiaco, así que le vió lejos, se postró de rodillas, y alzando sus manos al cielo, exclamó:

—¡Padre mio! Ya he comenzado á poner por obra mis proyectos de venganza. Pague el criminal su culpa, que quien á hierro mata á hierro debe morir.

En diciendo esto se levantó, y tomó el opuesto camino del fugitivo Teudis, quien milagrosamente y á pesar de infinitos riesgos consiguió burlar la asidua vigilancia de sus encarnizados perseguidores. Llegó á la corte, conferenció con la nobleza, y manifestó lleno de cólera soberbia que era preciso á todo trance dar un terrible escarmiento á los vencedores, en lo cual todos convinieron. Pero se debía dejar pasar algun tiempo á fin de que el ejército se repusiera de su anterior descalabro, y atacar al contrario con nuevos bríos.

No obstante, este plan tan acertadamente combinado quedó en la mente del soberano, pues la Providencia no consintió en que llegara el caso de poder verificarlo.

Habian transcurrido algunos dias, y una mañana vino un caballero de la servidumbre de palacio y dijo al rey:

—Señor, dentro de vuestra real casa se ha presentado un hombre con todas las apariencias de un loco, que solicita hablaros, y añade que ha de ser á solas.

—¿No ha dicho su nombre? preguntó Teudis.

—No ha querido revelarlo; dice que se llama el demonio.

—¡Ah! dijo el rey levantándose del sillón, como quien de pronto siente un grato recuerdo. ¿Es un jóven, no es verdad? Mal vestido, sin insignias militares....

—Tal es su apariencia.

—¿Sé quien es; mándale entrar.

Teudis volvió á tomar asiento, y dijo en silencio:

—Es preciso saber la historia de este jóven; viene á pedir justicia: soy el soberano y debo hacerla, y ademas premiarle, pues á él debo la vida, y la primer obligacion del hombre es ser agradecido.

No bien habia acabado de formular este pensamiento, cuando penetró en la estancia Glasiaco, con la misma ves-

timenta que se presentó en el bosque, y su inseparable puñal en la cintura. Al entrar, miró á todos lados con aspecto feroz y receloso, y antes de saludar al monarca, corrió la blanca cortina que cubria la puerta; despues, acercándose á Teudis muy despacio y erguido como un pino, dijo al rey estas palabras:

—Os reconozco: vos sois á quien vine á buscar.

—Yo tambien te reconozco, respondió Teudis; te soy deudor de un importante servicio y quiero recompensarte dignamente.... Pero tu aspecto me causa terror, tú padeces.

—Tengo en mi alma un peso tan grande, dijo Glasiaco, que no le puedo soportar; aborrezco la existencia que sustento sobre la tierra, y solamente la venganza que voy buscando, puede trasformarme... En fin, señor, quiero justicia; os la vengo á pedir y es preciso que me escuchéis.

—¿De quién procedes?... ¿Cómo te llamas?

—Procedo del infierno, me llamo el demonio, y cuando mi ofensa esté reparada, entonces.... me llamaré otra cosa.

—En fin, dijo el monarca, refiérme tu misteriosa historia; revélame esa ofensa ya que tanto anhelas su reparacion.

—Decidme ante todo, señor, ¿qué castigo merece el hombre que á traicion mata á un inocente?

Teudis palideció, y contestó.

—El asesino.... debe morir.

—Vos habeis ya sentenciado á mi reo; es necesario que me disponga á matarle.

Al decir estas palabras, se echó impetuosamente sobre el rey; con la mano izquierda le tapó la boca, y con la derecha sacó el puñal que llevaba en la cintura diciendole:

—¡Ya pareció la vaina de mi puñal!

—¡Traicion! ¡traicion! gritaba Teudis con voz ahogada y ronca; pero nadie le oia, por que la mano del matador oprimia su boca de tal manera, que era imposible que la exclamacion saliese de aquel reducido recinto. Cuan-

do conoció el asesino que su víctima no podría ya sobrevivir á tan crecido número de puñaladas, arrojó el puñal en el suelo, y cogiendo á Teudis por la mano exclamó.

—Conóceme ahora, tirano, yo me llamo Glisiaco, y mi padre se llamaba Ulrico.

—¡Misericordia, Dios mío! dijo Teudis en lo estremo de su agonía.

A estas voces que ya fueron inteligibles, penetraron los guardias, y viendo al rey en aquel estado se apoderaron de Glisiaco; pero Teudis exclamó:

—No le mateis, no le mateis; lo que



acaba de hacer ese joven con vuestro rey, lo tiene merecido; es una justa permission del cielo: no le castigéis, respetad la última petición de vuestro soberano.... no puedo mas.

Y espiró revolcado en su sangre.

Glisiaco entonces, se volvió á los guardias y exclamó:

—Ya lo habeis escuchado; reconoced en este hombre con el ropage de un mendigo, al hijo de vuestro antiguo capitan Ulrico, vilmente asesinado en su tienda por este soberano, cuando solo era tutor de Amalarico. Este envidioso monarca le dejó por muerto; pero antes que mi padre pasase á la

otra vida, pude escuchar sus últimas palabras. «Glisiaco, me dijo apretándome la mano; Teudis tiene envidia del prestigio que gozo entre sus soldados por mis virtudes; me acaba de asesinar; eres un rapaz todavia; pero aguarda á ser hombre y venga la injusta muerte de tu padre.» Lo juré: cumplí mi juramento: estoy vengado. Ahora haced de mí lo que querais.

Fué preciso respetar la última disposition del monarca, y á pesar de los ruegos de su esposa á fin de que se castigara el crimen, el asesino fué perdonado.

Un historiador inglés al narrar esta

catástrofe, dice que el matador se había fingido bobo; pero Mariana y nuestros demás historiadores españoles, cuentan que se fingió loco, á cuya opinión debemos atenernos. La muerte de Teudis aconteció el año de Cristo 548, y reinó por espacio de diez y siete años y cinco meses.

El ejemplo de benignidad que mostró hácia su asesino, reconociendo en él la mano del cielo, es digno de elo-

gió, no siéndolo menos el permiso que otorgó á los obispos católicos, (aunque profesaba diversa secta), para que se reuniesen en Toledo y celebrasen concilio, con el objeto de determinar lo conveniente acerca de la fé y lo demás perteneciente á la religion. Por último, este rey dejó fama de justo gobernador y de hábil en los negocios del estado.

I. A. BERMEJO.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DE LOS JUEGOS INFANTILES

DE LOS NIÑOS, Y DE SU ORIGEN.

INTRODUCCION.

Nihil novum sub sole.

Nam imprimis cavere oportet, qui amare nondum potest oderit, et amaritudinem semel preceptam ultra rudes annos reformidet. Lussus hic sit, et laudetur, et rogetur.

(QUINTILIANO.)

Las memorias de la niñez nos rejuvenecen: así lo dijo el erudito Rodrigo Caro en sus *Días geniales*, y así lo sentimos nosotros. En efecto, si bien se reflexiona tiene este recuerdo un gusto oculto que no se halla en cosa alguna, tanto por su sencillez, cuanto por que el tiempo de la niñez no puede recordarse sin placer.

A pesar de lo útil que es el juego comedido para el desarrollo de los niños, cosa reconocida por los antiguos y modernos, no han faltado autores excesivamente escrupulosos que le hayan condenado, cayendo en una ridiculez imperdonable, puesto que lo han hecho sin consultar los sagrados libros,

en cuyo caso no hubieran sido tan indiscretos. El Espíritu Santo en el capítulo 32 del *Eclesiástico*, aconseja el juego siempre que sea honesto, y aun le preceptúa para descanso de las fatigas del cuerpo, y por lo tanto tomando nosotros por un juego inocente el hacer la historia de los juegos pueriles remontándonos hasta su origen, vamos á ponerlo por obra sin que nos acose el temor de que se diga de nosotros lo que Séneca;

Simillimi pueris sumus, quibus omne ludicum in pretio est. Ló haremos con tanto mas gusto, cuanto que al propio tiempo que recordaremos en estos juegos nuestra niñez, trataremos de enseñar jugando á los niños el origen é historia de sus juegos.

Los sabios escritores y legisladores que consideraron mas á la juventud y que mejores preceptos les dieron, como Platon, Plutarco, Séneca, Quintiliano, San Gerónimo y otros, previnieron que fuese la enseñanza de los niños de tal manera, que aprendiesen jugando y que jugasen aprendiendo, lo que se entiende del testo de Quintiliano que ponemos por epigrafe de este artículo, y sobre esta base, puede decirse, estriban nuestras modernas escuelas de párvulos, y estribó la enseñanza de los niños en la antigüedad. El célebre Ciceron, principe de la

elocuencia in *Officiorum*, compara el juego al sueño y descanso, de lo que se infiere, según su testo, que si no es posible vivir sin descansar ni dormir, tampoco sin entretenimiento en ciertas edades, añadiendo Ovidio á esto, que es imposible dure mucho un trabajo continuado sin alternar con el descanso y la diversion, cuando dice:

Quod caret alterna requie durabile non est.

Todos los juegos de los niños tienen sólido fundamento en la antigüedad, aun cuando sean los mas pueriles, razon por la que puede decirse de ellos lo que dijo Ovidio de los mirmidones:

Parvum genus est, patiensque laboris
Quaestisque tenax et quod quaesita reservent.

Suetonio Tranquilo escribió un libro titulado de *Lusibus Puerorum*, y Julio Polux en su *Onocruástico* es el que mas noticias nos ha dejado de los juegos pueriles de los muchachos en la antigüedad, siendo de esta abundante fuente de la que recogió su caudal Rodrigo Caro en sus *Días geniales*, obra aun inédita y la única que entre los modernos sabemos trate de este asunto. Si bien muchos de los juegos pueriles de los mencionados autores no pueden aplicarse á los usados entre nosotros por haberse dejado de ejercitar con el tiempo, en la mayor parte de ellos hallamos el origen de los nuestros, entre los que los hay, y no en corto número, tan poco variados que son los mismos que se jugaron por los antiguos griegos y romanos. En este número se encuentran todos los de fuerza y agilidad, los cuales se derivan de los antiguos ejercicios de la gimnasia infantil, ejercicios que afortunadamente van volviendo á ponerse en ejecucion para bien de la humanidad y mejora de la especie, y á los que se referia el doctísimo médico antiguo Gerónimo Mercurial, cuando decia: que por haberse abandonado los juegos *Gimicos*, se habian perdido las fuerzas, vigor y destreza de las almas y la salud de los cuerpos, introduciéndose en su lugar muchas enfermeda-

des no conocidas ni vistas jamás por los antiguos.

No faltará tal vez quien nos tenga por sobrado pueriles al vernos ocupar de los niños con tanta aficion; pero los que asi lo crean habrán olvidado, y peor para ellos, que los niños son la felicidad de los tiempos y la esperanza de las naciones, razon por lo que les consideraron de tal modo los romanos, que para su aumento publicaron la ley Papia y Julia y otras, y por lo que la historia los pone como los retoños de sus glorias futuras, y los sabios se gozaron en preferirlos y amaestrarlos. A los que asi nos juzguen les diremos, que pues que muchachos hemos sido y como tales nos hemos divertido, razon será que habiendo habido elevados ingenios como Homero, Virgilio, Ovidio y otros, que cantaron de las ranas, de los mosquitos, de las pulgas, de las moscas, etc., haya quien trate de los muchachos y de sus juegos, máxime, si como tratamos de hacerlo, se une al juego la instruccion. A fin de que se vea que, no somos nosotros los únicos que nos hemos ocupado de un asunto que tenemos por interesante, hemos citado á los autores que de él trataron, y para mas justificarnos parecemos del caso apuntar algunos hechos con los que acredita la historia el aprecio que se hizo de los muchachos y de sus juegos en la antigüedad.

Dice Pausanias in *Achaicis* que los sacerdotes de Júpiter se repartian á los muchachos, los que tambien fueron admitidos en los cabildos y senados de Lacedemonia y de Roma, en donde se hizo gran caso de los papirios y pretestatos, y en donde tambien les consideraron los héroes, semi-dioses y los principales filósofos. Asi es que tanto en la teogonia como en la historia antigua consta que Hércules se entretenia con los muchachos, y que Baco fué tan apasionado á jugar con ellos que no sentia que los Titanes le despedazasen. El tarentino Architas, manifestó su aprecio á los muchachos acompañándoles en sus juegos, é igualmente lo hizo así el sabio Sócrates, sin temer por ello la burla de Alcibiades ni de ningun otro,

cuando poniéndose una caña entre las piernas corria con sus hijos practicando el juego de los caballitos, tan antiguo casi como los hombres, que todos mas ó menos se han divertido con él y se divierten cuanto se sueltan á andar. Aprecio debió tener el divino Homero á los muchachos y sus juegos cuando puso en las manos de Aquiles juguetes para que se divirtiera, no desdenándose tampoco en imitarle los valientes Scipion y Lelio, de los que consta jugaron á las nueces, que es el juego de las chinás, en las riberas del mar de Cayeta, por cuya razon dijo Horacio:

*Virtus Scipiadas et mitis sapientia Læli
Nugari cum illo, de discinti ludere.*

Cuando el famoso Anaxágoras se hallaba en visperas de morir, los príncipes de la ciudad le manifestaron deseaban saber lo que queria se hiciese despues de su muerte en su obsequio, y respondió que solo deseaba se permitiese jugar á los muchachos:

Ut pueri quotanicio, quo mense defecisset, ludere permiterentur. Dice Rodrigo Caro con relacion á este asunto de que tratamos, que no atreviéndose el famoso filósofo Pitaco á responder á uno que le preguntó á quien escogeria acertadamente por muger para casarse, remitió el pleito á los muchachos que se hallaban jugando en la plaza, y de ellos salió aquella justa y verdadera sentencia que desde entonces quedó en proverbio de: *Cada obeja con su pareja.* Del propio modo que de Sócrates se cuenta de Agesilao que corrió parejas con sus hijos en caballitos de caña, y se sabe que el gran duque de Florencia, el famoso Cosme de Médicis se entretuvo y enseñó á sus nietos á tocar pitos de barro.

No solo hallamos establecida la defensa y aprecio de los muchachos y de sus juegos en la historia griega que vamos escudriñando á nuestro intento, en las Sagradas Escrituras lo hallamos tambien, y por ellas se sabe que Jesucristo reprendiendo su dureza á los judíos, les esplicó un juego de muchachos, y quiso Dios que se les considerase de

tal modo, que en el capítulo 13 del Deuteronomio los igualó á los mayores, mandando que se les leyese la ley, lo que se vé tambien en el capítulo 8, de Josué, en el libro 4 de los Reyes, capítulo 11, al hablar de Josías; en el capítulo 8 de Esdras y en Nehemias. En fin si atendemos á lo que dijo San Mateo en su capítulo 8, el reverenciar, estimar y tratar bien á los muchachos y el hacerse como ellos importa no poco para nuestra salvacion; y no puede menos de ser así, si reparamos que por la inocente boca de los niños salen puras y perfectas las alabanzas á Dios como se deduce del salmo 8.^o cuando dice: *Ex ore infantium, et Lactentium perfecisti laudem*, y he aquí por lo que les concedió Dios el inaugurar los mas felices reinos conservándoles el acierto en la eleccion, segun se vió en los reinados de Numa Pompilio, de Augusto y de otros, debiéndose á los niños la esperanza, felicidad y bendicion del Todopoderoso en los pueblos cuando se les ve jugar en sus calles y plazas alegremente: *Complebuntur infantibus et puellis ludentibus platea ejus.*

El divino doctor San Agustin no se desdenó en referir algunos de los juegos infantiles, que debía tener bien presentes cuando á uno de ellos se debe el próximo motivo de su gloriosa conversion. Hallamos con referencia á este santo, lumbrera clarísima de nuestra Iglesia, que oyendo una voz que decia: *tolle lege, tolle lege*, (toma y lee) creyó oír á los muchachos algun juego ó cantar que tuviese aquella fórmula ó estribillo, que fué la que le hizo considerar en su situacion y empezar su estudio de las cosas de Dios. El mismo santo nos refiere de sí la travesura de ir á hurtar peras no maduras con otros muchachos, y de haber asistido cuando muchacho á las pedreas, segun se concibe de la minuciosa descripcion que de este juego hace, por último en el sermón 24 de *verbis Apostoli* describe el juego de los moros y cristianos que aun practican nuestros muchachos.

Los muchachos ordenan sus juegos con el impetu y travesura que les es

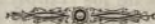
natural en su edad, y por lo tanto muchos de ellos les son naturales, como probó Platon en los libros seis y siete de *Legibus*; pero á pesar de esta verdad, son grandes imitadores de los mayores, y hé aquí la razon por qué se ven en sus juegos reyes, jueces, tribunales, batallas, etc. y aun cosas pertenecientes á la religion, de lo que se deriva el origen de los dioses infantiles de los antiguos, figurillas á que dieron el nombre de *oscilas* ó *sigilas*, que vienen á ser las muñecas y muñecos con que juegan nuestros niños, como probaremos en el artículo que del origen é historia de las muñecas daremos en los números sucesivos.

Al terminar este artículo ó introduccion á los juegos de los niños, es deber nuestro el manifestar que hemos compuesto nuestro tratado de lo que hemos hallado sobre ellos en las obras

de Platon, Homero, Aristóteles, Marco-Julio, Varron, Virgilio, Macrobio, Polus, en la Sagrada Escritura, en Polidoro-Virgilio, en los Dias geniales de Rodrigo Caro, y en otras muchas obras, en las que hemos rebuscado noticias, al efecto de poder consignar su origen é historia, y que solo hemos puesto en orden y reunido en un solo cuerpo de doctrina, lo que hemos hallado esparcido en las muchas obras que hace diez y seis años registramos para nuestros artículos de costumbres, procurando buscar siempre el origen y derivacion mas natural y cierta de los juegos que actualmente practican nuestros niños, en los practicados por los antiguos, dando á unos y otros los nombres con que han sido y son conocidos.

B. S. CASFELLANOS.

ESTUDIOS RECREATIVOS.



JUANA DE ARC.



CONTINUACION.

El rey entonces cogió la mano de Inés y prosiguió:

—Inés, no te entristezcas; la otra parte del Loira es tambien Francia; vamos á pisar la tierra mas dichosa del mundo; alli reina un cielo mas sereno, alli encontraremos un aire mas puro, costumbres mas suaves, alli, en fin, hallaremos los armoniosos cantos de la poblacion, las flores de la vida y el amor

—¡Ay! contestó Inés entristecida; ¿será preciso que yo vea este dia de dolor? ¿á un rey que camina á su destierro? ¿á un hijo que abandona la casa de su padre, alejándose del suelo que le vio nacer? ¡Tierra feliz, adios!

¡jamás tendremos la alegría de volverte á ver!

No bien habia acabado Inés de pronunciar estas palabras, cuando entró La Hire precipitado, por lo que Inés no pudo menos que sobrecogerse y preguntar sobresaltada al recién entrado:

—¿Qué nuevas nos traeis? ¿qué sucede? ¿qué espresion es la que estoy leyendo en vuestra mirada? ¿ha sucedido alguna nueva desgracia?

La Hire sonrió y repuso:

—Nuestras desgracias han tenido fin; un rayo de esperanza vuelve á aparecer en el cielo.

—¿Qué hay? preguntó Inés, acabad.

La Hire se dirigió al rey y dijo:

—Señor, volved á llamar á los enviados de Orleans.

—¿Porqué? preguntó Cárlos, ¿qué sucede?

—La fortuna ha cambiado, contes-

tó La Hire; se ha dado un combate y la victoria ha sido vuestra.

—¡La victoria! exclamó Inés; ¡oh, qué celestial encanto hay en esa palabra!

—¡La Hire! exclamó el rey en tono de admiración. Algun rumor fabuloso os engaña... ¡La victoria!... yo ya no puedo creer en ninguna victoria.

—No tardará mucho, continuó La Hire, sin que deis crédito á mis palabras.... Aquí se acerca el arzobispo, que vá á poner en vuestros brazos al bastardo de Orleans.

Con efecto, vióse entrar al arzobispo de Reims, á Dunois, Duchatel, y al caballero Raoul armado de pies á cabeza. Adelantóse el arzobispo conduciendo á Dunois, y cogiendo la mano de Carlos y asiéndola con la del bastardo, dijo:

—Abrazaos, príncipes; cese desde hoy todo género de rencilla, puesto que el cielo se ha declarado por nosotros.

Dicho esto por el arzobispo, el rey y Dunois se abrazaron con ternura; pero Carlos, así que se desprendió de los brazos del bastardo, preguntó impaciente:

—Cese mi duda; ¿qué me anuncia este solemne acto? ¿de qué proviene este cambio repentino?

El arzobispo entonces cogió de la mano al caballero Raoul, y poniéndole en la presencia del rey, dijo:

—Hablad, caballero.

El caballero Raoul con voz grave dijo estas palabras.

—Señor: habíamos enarbolado diez y seis banderas en el pueblo de Lorena para conducirle á vuestro ejército, siendo nuestro gefe el caballero Vaudricourt de Vaucouleurs. Ocupábamos las alturas de Vermanton y bajamos al valle, cuando percibimos al enemigo en la llanura que se situaba enfrente de nosotros, y al volver la cara atrás vimos también brillar sus armas. De tal modo cercados entre dos ejércitos, no teníamos ni la esperanza del vencimiento, ni la de poder escapar; el corazón de los mas valientes desmayó, y en tal desesperación todos queríamos arrojar las armas. Mas ¡oh maravilla!

mientras que nuestros generales celebraban un consejo para resolver lo que debíamos hacer en tan apurado trance, vemos salir de la espesura de un bosque á una jóven que se adelanta, ciñendo un casco, semejante á la divinidad de la guerra, al mismo tiempo bella y terrible: sus negros y anillados cabellos caían por su espalda; un rayo celeste parece que alumbra y diviniza su andar magestuoso; levanta la voz y exclama: «¿Qué aguardais, valerosos franceses? ¡Acometed al enemigo aun cuando sea mas numeroso que las arenas del mar; Dios y la Virgen Santa os guiarán en esta jornada!» Y de pronto arrancando el estandarte de las manos de aquel que le llevaba, la guerrera avanza con paso audaz y se pone á nuestra cabeza: nosotros mudos de sorpresa seguimos involuntariamente á la bandera y á la que la lleva, y nos precipitamos sobre el enemigo, que inmóvil y sobrecogido de espanto, contempla asustado el milagro que acabo de referir. Al instante se apodera de los adversarios un terror sobrenatural; emprenden la fuga, arrojan sus armaduras y sus lanzas, y el ejército enemigo se dispersa completamente. Ni las exortaciones ni los gritos desesperados de sus gefes pueden detenerlos; sin volver la cara atrás, infantería y caballería se precipitan en el rio y se dejan degollar sin resistencia: aquello fué mas que combate una terrible carnicería; dos mil hombres han quedado tendidos en el campo de batalla, sin contar los ahogados, al paso que nosotros no hemos perdido un solo hombre.

—¡Vive el cielo que es cosa extraña, exclamó el rey; no solamente cosa extraña, sino milagrosa!

—¿Y una jóven decís, que ha hecho ese milagro? preguntó Inés. ¿Quién es, cómo se llama?

—Solamente al rey dice que quiere revelar su nombre y su descendencia; se llama á sí propia la profetisa, la enviada de Dios; ha prometido tomar á Orleans antes de la nueva luna; el pueblo la cree y desea combatir; esa jóven me sigue con el ejército y bien pronto la vereis aquí.

Al decir esto Raoul, se oyó un repi-

que de campanas y un extraño ruido de armas y el vocerío de la multitud.

—¿Escuchais? dijo el caballero, ese tumulto y el repique de campanas,

os anuncian que el pueblo saluda á la enviada de Dios.

El rey dirigiéndose á Duchatel con apresuramiento exclamó:



DUNOIS, BASTARDO DE ORLEANS.

—Conducidla aquí. ¿Qué debo pensar de esto? preguntó luego al arzobispo; una jóven me trae la victoria en el momento en que solo el brazo de Dios

podía salvarme: ¿está esto en el orden natural de las cosas? Decidme, arzobispo, ¿debo yo creer en este milagro?..

El rey iba á continuar hablando, pero los gritos de la multitud le interrumpieron.

—Aquí viene ya, dijo el rey: haced lugar; colocaos bien y dejadla entrar; es menester experimentar á esta jóven maravillosa; si Dios es quien la inspira y la envía, sabrá conocer á su rey sin que nadie se lo diga.

Dunois, se sentó; el rey permaneció de pie á su derecha; junto á Carlos estaba Inés; el arzobispo y los otros personajes se situaron de frente, y entre ambas hileras quedó sitio suficiente para recibir á los que pronto debían entrar.

En seguida se presentó Juana acompañada de los magistrados y muchos caballeros que llenaron aquella estancia. Juana se adelantó con paso magestuoso y miró detenidamente á todas las personas que la rodeaban. Dunois después de un largo y solemne silencio dijo, poniéndose de pie:

—Sois vos, maravillosa jóven...

Pero Juana interrumpió su discurso mirándole con dignidad, y exclamó.

—¡Bastardo de Orleans! ¿queréis tentar á Dios? Dejad ese lugar donde estábais sentado, porque no os pertenece, yo soy enviada á uno que es mas grande que vos.

Al decir esto, se adelantó con paso firme hácia donde estaba el rey, dobló la rodilla, luego se levantó y se retiró á una respetuosa distancia. Todos cuantos presenciaron esta escena quedaron atónitos; Dunois dejó su asiento y Carlos se sentó en él.

—Hoy es la primera vez que ves mi rostro, dijo Carlos, ¿por qué me conoces?

—Señor, repuso Juana; os he visto en un momento en que solo Dios os veía.

Seguidamente se acercó al rey, y le dijo en voz baja:

—¿Os acordais de la última noche cuando os levantásteis de vuestro lecho y dirigisteis á Dios una tierna y reverente súplica? Mandad que despejen y os diré las palabras de vuestras súplicas.

—Lo que yo he confiado al cielo, respondió Carlos, no encuentro razon

para ocultarlo á los hombres. Decid las palabras de mi súplica, y no dudaré de que Dios os inspira.

—Tres súplicas hicisteis, contestó Juana. Escuchad, delín; observad si las repito exactamente. En primer lugar pedisteis al cielo, que si alguna injusticia unida á vuestra corona, ó alguna otra falta grave cometida en tiempo de vuestro padre, y no espiada aun, era la causa de esta desastrosa guerra, que el cielo tuviese á bien elegiros por victima mas bien que á vuestro pueblo.

El rey se llenó de sorpresa y escamó.

—¿Quién eres, ser poderoso? ¿de dónde vienes?

—Después, prosiguió Juana, habeis hecho otra súplica; dijisteis, que si por la voluntad y decisión del cielo, debían arrancar el cetro á vuestra raza, pediais conservar solo tres cosas: una conciencia apacible: el corazón de un amigo y el amor de Inés.

El rey se ocultó el rostro con ambas manos y dejó salir algunas lágrimas; los demas personajes mostraban tambien su sorpresa y admiración; pero después de un momento de silencio, Juana continuó.

—¿Debo repetiros la súplica tercera?

—Basta, dijo el rey, te creo. Solamente Dios puede haberte enviado.

—¿Quién eres, prodigiosa y santa jóven? preguntó el arzobispo; ¿de quién descendes? ¡Habla! ¿Que padres bendecidos por la Providencia te han dado á luz?

—Mi digno señor, yo me llamo Juana, soy la hija humilde de un pastor de Douremy, aldea de mi rey, de la diócesis de Toul; desde mi infancia he guardado los rebaños de mi padre. He oído hablar amenudo de esos extranjeros que han atravesado el mar para hacernos esclavos: oí decir que ya se habian hecho dueños de París; entonces he suplicado á la Santísima Virgen, que nos preservara del borchorno de soportar el yugo extranjero. Delante de la aldea donde yo he nacido, existe una antigua imagen de la madre de Dios, y no lejos de esta imá-

gen una encina consagrada y célebre por un gran número de milagros. Me gustaba sentarme á la sombra de esta encina mientras mi rebaño pacía. Una noche me quedé dormida al pie de este árbol, y vi á la Virgen Santa que se adelantó hácia mí trayendo una espada y un estandarte, pero vestida de pastora como yo, y me habló del siguiente modo: «Soy yo, levántate, Juana, abandona tu rebaño: el Señor te destina á otros cuidados. Toma esta bandera, ciñete esta espada, confunde con ella á los enemigos de tu pueblo; lleva á Reims al hijo de tu soberano y

coloca sobre su cabeza la corona real.» Yo entonces respondí: «¿Cómo puedo yo emprender semejante cosa? soy una débil muger, y no conozco el arte de la guerra.» La vision celestial añadió: «Una Virgen pura verifica grandes cosas en este mundo, si resiste el amor terrestre. Mirame, yo he sido como tú una jóven casta y he dado á luz al soberano de todas las cosas.» Entonces tocó mis párpados y mis ojos se abrieron, y la vi que rodeada de nubes subía á los cielos. Tres noches consecutivas, tuve la misma vision, en la que la Virgen me decía: «Levántate, Juana,



el Señor te destina á otros cuidados.» Cuando se me presentó la noche tercera me habló con severidad y me dijo: «El deber de una muger en la tierra es la obediencia, debe distinguirse por su sumision; la que aquí abajo es obediente allá arriba obtendrá la recompensa.» Y diciendo estas palabras se despojó de su vestido de pastora, y se presentó como la reina de los cielos en medio de una luz radiante, y subiendo lentamente á la morada de la felicidad, precedida de un ángel.

Todos los que escucharon este re-

lato se manifestaron conmovidos, y el arzobispo dijo despues de un largo silencio.

—En presencia de tales testimonios desaparece la duda; el acontecimiento prueba que esta jóven dice la verdad; solamente Dios, puede verificar semejantes milagros.

—Y yo, pecador, exclamó el rey, ¿soy digno de esta gracia? ¡Tú, Señor, ante cuya mirada nada hay oculto en la tierra, ya verás el fondo de mi corazon y mi grande humildad!

—La humildad de los grandes, re-

puso Juana, resplandece en el cielo; y porque os habeis humillado ha querido Dios elevaros.

—Luego ¿podré resistir á mis enemigos?

—Yo pondré la Francia, dijo Juana, sometida á vos.

—¿Y Orleans, aseguras que no será subyugada?

—No lo dudeis.

—¿Entraré en Reims como vencedor?

—A esa poblacion tengo de conducirlos atravesando millares de enemigos.

Estas palabras de Juana enardecieron á los circunstantes; todos los caballeros agitaban sus lanzas, movian sus escudos, como manifestando sus vehementes deseos de entrar cuanto antes en la lid.

—¿Que Juana se ponga á la cabeza del ejército! exclamó el bastardo; nosotros seguiremos, sin titubear á este divino gefe á todas partes donde quiera conducirnos: su mirada celeste nos guiará, y mi espada sabrá defenderla.

—Si, marcha delante de nosotros, interrumpió La Hire, batállemos, no temamos á los ejércitos del mundo entero. El Dios de las victorias se ha puesto á su lado. ¡Que la heroína nos conduzca al combate!

—Si, santa joven, dijo Carlos; tú mandarás mi ejército, y estos gefes te obedecerán. Esta espada, signo de la mas alta dignidad en la milicia, esta espada, que el condestable nos ha enviado en su cólera, ha encontrado un sucesor mas digno. Recíbela, pues, sagrada profetisa, y que desde este momento...

—No, noble delfin, respondió Juana con dignidad: no es este instrumento terrestre quien ha de concederos la victoria; yo sé donde existe otra espada con la cual debo vencer.

Voy á indicárosla, segun el espíritu me lo ha indicado á mi. Mandad que vayan por ella.

—Habla, Juana, dijo el rey.

—En la antigua ciudad de Fierbois, prosiguió Juana, en el cementerio de Santa Catalina, hay una cueva donde se ha reunido un gran número de ar-

mas antiguas, trofeos de victoria. Allí está la espada de que yo debo servirme. Se verán en su hoja tres flores de lis grabadas de oro. Mandad que me traigan esa espada, pues ella es la que ha de daros la victoria.

—Que se envíen allí á los mensajeros, dijo el rey; ejecútese cuanto diga Juana.

—Haced, que tambien me den una bandera blanca guarnecida de púrpura; en esta bandera debe verse á la reina del cielo con el niño Jesus: esta es la bandera que la Virgen me ha mostrado.

—Que se haga cuanto dice, repitió Carlos.

Luego, Juana, dirigiéndose al arzobispo continuó:

—Digno prelado, dadme vuestra bendicion.

Juana se arrodilló, y el arzobispo la bendijo; mas al tiempo que se levantaba la heroína, entró un escudero anunciando que venia un heraldo del general inglés.

—Que entre, dijo Juana, pues le envia Dios.

El heraldo se presentó, y Carlos le recibió con las siguientes palabras:

—¿Qué pretendes, heraldo? dinos tu mision.

—¿Quién es aquí, preguntó el heraldo, el que tiene la palabra, en nombre de Carlos de Valois, conde de Pothieu?

—¡Indigno mensajero! exclamó el bastardo Dunois encolerizado, ¡Miserable! ¿Te atreves á no reconocer al rey de Francia en su propio suelo? El vestido que ciñes te protege... de otra manera....

—Calmaos, primo mío, interrumpió Carlos. Veamos su mision.

—Mi noble gefe, continuó el heraldo, viendo la sangre que ha corrido, y la que puede correr aun, manda suspender las hostilidades, y antes que Orleans sea tomada por asalto, quiere proponeros condiciones favorables.

—Escuchemos, dijo el rey.

—Señor, interrumpió Juana, dejadme hablar por vos á este heraldo.

—Hablad, Juana; decid si debemos optar por la paz ó por la guerra.

Juana se dirigió al heraldo y dijo:

—¿Quién te envía? ¿en nombre de quién hablas?

—En nombre del general inglés, conde de Salisbury.

—Mientes, heraldo; no puedes hablar en nombre del conde: los vivos solamente hablan, pero no los muertos.

—Mi general vive.

—Vivia cuando partiste, mas hoy por la mañana ha muerto en el suelo de Orleans á consecuencia de un disparo: te ríes, porque anuncio lo que pasa lejos de ti; pero si no crees en mis palabras, creerás en tus ojos: ya verás sus fúnebres exequias cuando vuelvas. Ahora habla; dínos cual es tu misión.

—Puesto que sabes descubrir lo que está oculto, respondió el heraldo, ya debes saber mi embajada antes que yo la esponga.

—No tengo necesidad de conocerla; pero escucha mis palabras, y repítelas á los príncipes que te envían; rey

de Inglaterra, y vos duque de Bedford y de Gloucester, que devastais esta monarquía, dad cuenta á Dios de la sangre que se ha derramado. Entregad las llaves de todas las ciudades de que os habeis apoderado contra el derecho divino. La Doncella es enviada por el Dios del cielo para ofreceros la paz, ó la sangrienta guerra. Escoged, pues yo os lo digo para que lo sepais: la posesion de nuestra hermosa Francia no os será concedida por el hijo de María; pero el delfín Carlos, mi señor, á quien Dios la ha dado, hará su entrada real en Paris, acompañado de todos los grandes de su reino.

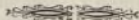
Ahora, parte heraldo, alijérate, pues antes que llegues al campo para dar cuenta de tu embajada, la Doncella estará allí, y plantará en Orleans el estandarte de la victoria.

Al decir estas palabras salió Juana, y todos cuantos estaban presentes quedaron atónitos y llenos de agitacion.

(Se continuará.)

LA CATEDRA EN EL CAMPO,

Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.



XI.

HIGIENE.

Desde que el médico se ausentó de la quinta, la buena esposa de don Casimiro prodigó á su querido enfermo cuantos cuidados exigia su delicado estado, y aplicó para el logro de su salud los medicamentos recetados por aquel. El resto del día lo pasó don Casimiro en un estado regular, es decir, sin resentirse mucho de sus dolencias. Habló con sus hijos con su acostum-

TOMO II.

brada amabilidad, revisó las planas y los dibujos de Ramon, y las prolijas y delicadas labores de Carolina.

Llegó la noche y los niños se retiraron á sus respectivos dormitorios, y solamente la esposa del enfermo y uno de los mejores y mas antiguos criados de la casa, quedaron en vela por lo que pudiese ocurrir. Don Casimiro, despues que desde la cama dió á sus hijos el beso de despedida, y observó el escesivo cuidado de su esposa, la dijo:

—Puedes descansar, amiga mia; no hay motivos para que te des tan malos ratos.

—No te cuides de lo que yo haga, respondió, la esposa, deja llenar las obligaciones que me imponen el deber y el afecto; ¿quién sabe lo que puede ocurrir?

—Nada, contestó el enfermo; me encuentro ahora tan aliviado, el dolor de cabeza ha desaparecido, la fiebre disminuye, aunque con lentitud; tampoco siento ningún amago de vómito, ¿qué indica esto, sino una notable mejoría, y un grato presentimiento, ó mejor dicho, una esperanza positiva de que mañana me mandarán levantar?

De esta manera hablaban los consortes, y últimamente convinieron en que la esposa no velase de un todo, sino que se reclinara en el sofá, y que el criado estuviese á la mira de cuanto el enfermo necesitase. No sin fundamento había rehusado doña Ana acostarse; una voz secreta había hablado á su corazón y dichole que sus cuidados aquella noche iban á ser mas necesarios que nunca.

A eso de las dos de la madrugada comenzó á experimentar don Casimiro un temblor extraordinario; su rostro se cubrió de una palidez mortal, y de tal modo se afectó al sentir esta inesperada modificación en su naturaleza, que no pudo menos que reclamar los auxilios de las personas que le rodeaban. Escuchaba la lenta y monótona respiración de su esposa, causóle lástima perturbar un sueño tan dulce y tranquilo, y en voz baja llamó al criado.

—Bernardo, decía, Bernardo.

Bernardo se había dormido profundamente; no despertó, pero sí doña Ana que al punto acudió al lecho llena de solicitud.

—¿Qué quieres? ¿Es hora ya para la segunda toma?

—No, esposa mía; estoy muy malo; me siento muy malo. Esa bebida que el médico me ha recetado, ha producido en mi naturaleza un efecto extraordinario.

Doña Ana despertó á Bernardo, el enfermo fué el objeto de los mas grandes cuidados, y sin embargo este sentía empeorarse; fué preciso poner en mo-

vimiento á los criados de la quinta; todos hicieron los mayores esfuerzos para que don Casimiro se mejorara; pero cuantos remedios se le aplicaron fueron completamente inútiles. Amaneció el día, los niños se despertaron; y no pudieron menos que saber lo grave de la enfermedad de su padre. Últimamente se recurrió á buscar al médico, y la misma señora se vistió y mandó enganchar un carruaje con el objeto de pasar á Ecija y hacer que el doctor se viniese con ella. Toda la residencia del proscrito se encontraba en la mayor consternación; doña Ana esperaba en la sala inmediata á la del enfermo el momento de partir, pero Bernardo entró anunciándole que el facultativo acababa de llegar.

—Dios bendiga tu boca, dijo doña Ana á su criado. ¡Qué consuelo tan grande experimenta mi corazón!

En seguida salió al encuentro del facultativo para referirle lo que su esposo había sufrido aquella noche.

—Lo sabia, señora, dijo el doctor, y por esa razón he venido mas temprano; la medicina que le receté, tenia forzosamente que producir ese efecto; pero á favor de esta misma pocion, mañana tal vez se levante y demos principio á la convalecencia.—Pasemos á ver al enfermo.

El médico, doña Ana, los niños y los criados, rodearon el lecho del paciente mostrándose en cada semblante la mas viva agitación. El doctor dió á don Casimiro una bebida que traía preparada, y al poco tiempo declaró el enfermo que se sentia muy mejorado, con lo cual la familia se tranquilizó. El doctor se desayunó en la quinta, y despues de este acto se sentó á la cabecera del enfermo: llamó á Ramon y á Carolina, y les dijo:

—Ofreci á vds. ayer al partir, dar algunas nociones respecto á la higiene, y en cumplimiento de mi oferta voy á dar principio.

Los niños pusieron la mayor atención, el enfermo se volvió hácia el lado del improvisado catedrático, y doña Ana se sentó en un sillón situado á los pies de la cama del enfermo. El mé-

dico que vió á sus oyentes preparados, se espresó en los términos siguientes:

—Señores: La higiene es, propiamente hablando, el arte de conservar la salud; es la que nos da á conocer la

influencia que ejercen sobre nuestra organizacion los numerosos agentes que nos rodean; es tambien la que nos enseña en qué límites debemos esponernos á su accion, y la que nos



da la medida de su importancia sobre el libre ejercicio de nuestras funciones. Pero no se imagine por esto que aqui cesa la influencia de esta rama de las ciencias médicas; estiendo su dominio hasta sobre la terapéutica, y entre las manos de un práctico hábil y experimentado, en mas de una ocasion basta solo la higiene para conseguir la cura de enfermedades reputadas por muy graves. Especialmente en la

convalecencia es cuando dicta reglas al médico acerca de los alimentos, los vestidos, el ejercicio, el descanso, los trabajos intelectuales, etc., etc.

La higiene tiene, pues, el doble objeto de conservar la salud y de concurrir á la cura de las enfermedades, y á fin de lograrlo, enseña á evitarlas cosas dañosas y á hacer buen uso de las cosas útiles.

Para llegar dignamente á su noble

fin, las leyes higiénicas deben dirigirse solamente al individuo, esto es, no ver mas que un solo ser en medio de la grande familia humana? Ciertamente no; deben tambien ocuparse de las masas, ver al hombre reunido en familia, en sociedad, sometido á la influencia de los trabajos y de las necesidades que le impone la civilizacion. Solo entonces es cuando puede suministrar una enseñanza verdaderamente útil. En vano se enseñará á cada uno lo que conviene mejor á su conservacion, en vano se le patentizarán las cosas que debe evitar, las que debe buscar: si no se ocupan de las condiciones que aseguran la felicidad y la salud de las masas, si se abandonan sin cuidado las necesidades creadas por la sociedad y la aglomeracion, el fin no se llenará mas que á medias, y aun habrá sido descuidada la parte mas importante.

De aqui procede la distincion de *higiene privada y pública*. Quiero ocuparme de ambas; pero ante todo, si no lo llevan á mal mis jóvenes oyentes, echaremos una rápida ojeada sobre la historia de esta ciencia.

En todos tiempos la higiene ha inspirado el mas vivo interes, y se ve en las primeras edades á los hombres encargados de los destinos de los pueblos, dirigir su atencion y la fuerza de su genio hácia este medio de mejorar la suerte de sus semejantes. En estas épocas remotas en que la ignorancia y la barbarie no permitian á pueblos groseros y sin educacion, apreciar el valor de los preceptos dictados en nombre de la razon, los legisladores establecieron en leyes sus preceptos higiénicos, y hasta hicieron que interviniere la autoridad de la religion, á fin de asegurar el respeto y la observancia de ellos.

Por eso bajo el ardiente clima de la India, la ley prohibia el uso de los animales como alimento, y prescribia un régimen compuesto esclusivamente de frutos, legumbres y leche. Entre los persas, los niños se educaban bajo la inmediata inspeccion de los magistrados, y se ejercitaban en soportar el hambre, la sed, la intemperie; tenían

el agua por única bebida, por único alimento el pan y un vegetal semejante á nuestro berro. Cuando llegaban á la adolescencia, la caza y las armas ocuparon su tiempo, y á esta edad no hacian mas que una comida al dia y dormian al aire libre. En Egipto, pueblo donde la civilizacion llegó á su mas alto grado, los sacerdotes, cuyo poder casi igualaba al de los reyes, establecieron leyes higiénicas, y su autoridad las impuso con rigor á los pueblos que estaban bajo su dominio.

En la ley de Moisés se hallan preceptos higiénicos, acaso los mejor formulados y mas estensos. Este gran legislador ha dado la mayor importancia á la conservacion de la salud de los pueblos; se ocupó de las abluciones, de las lociones y baños; mandó la secuestracion de los leprosos, y por último prohibió el uso de un gran número de animales, etc., etc.

Entre los espartanos, pueblo guerrero y conquistador, las leyes de Licurgo se ocuparon especialmente de la patria, y procuraron dar á la república ciudadanos capaces de combatir y de soportar todas las fatigas de la guerra; por eso las mugeres compartian los ejercicios con los hombres; los niños que nacia con una débil constitucion eran condenados á muerte. Desde sus mas tiernos años el espartano estaba acostumbrado á resistirlo todo, y la gimnástica constituia la base de una educacion de que se desterraban las artes, conceptuándolas capaces de enervar el valor.

Entre los romanos, encontramos en parte las costumbres de la Grecia: la gimnástica y los baños representaban un gran papel; pero á consecuencia de los progresos de una civilizacion demasiado sensual y del aumento de las riquezas, se profanaron estas dos instituciones. Los circos vinieron á ser una carniceria, por decirlo así; los baños establecidos primeramente para la conservacion de la salud, se convirtieron en objeto de lujo, y algunas veces hasta de desórden y sensualidad. Las ruinas que se ven en Roma todavia atestiguan la prodigalidad que presidieron

á la construcción de los establecimientos termale.

Parece que Jeco y Herodico hicieron de la higiene un estudio especial y la separaron de las otras ramas del arte medical; pero Hipócrates es el primero que nos ha dejado preceptos escritos. Desde este grande hombre, es preciso pasar á Celso para encontrar alguna cosa respecto á higiene. Apareció Galeno, y estableció sobre la materia un plan sistemático seguido por sus sucesores, que se limitaron á varias adiciones.

Durante la edad media, aquella época bárbara de la astrologia judiciaria, de la nigromancia, de la cábala y la piedra filosofal, la higiene esperimentó la suerte de los demas conocimientos positivos, es decir, quedó estacionaria. Pero al renacimiento de las letras, volvió á estudiarse la higiene, pero siguiendo las pisadas de Galeno; y llegamos al siglo XVII sin hallar obras recomendables acerca de tan importante ramo: Baglivi, Baillou, Stahl, Hoffmann, etc., no pudieron permanecer indiferentes á la ciencia que nos ocupa; pero Tourtelle fué el primero que dió de ella un tratado completo. En esta época tambien, la egecucion de la magnífica concepcion de la *Enciclopedia*, permitió al célebre Hallé hacer conocer el fruto de sus indagaciones y profundas meditacione en el particular.

Las lecciones que pronunció este sábio profesor en la escuela de Paris, atrajeron un concurso numeroso de oyentes; se propagaron por todas partes sus conocimientos, y la higiene recibió un impulso que aun continúa. Desde entonces se han verificado trabajos muy importantes. Los trabajadores no cesan de reunir materiales, y vendrá un dia en que un arquitecto hábil pueda reunirlos y formar con ellos un edificio completo, que sin duda alguna será uno de los mas importantes para la humanidad entera.

Pasemos á tratar ahora de la

HIGIENE PRIVADA.

Los autores, que en estos últimos

tiempos han publicado tratados de higiene, han estado lejos de adoptar la misma division; cada cual ha arreglado los asuntos de que trata en un orden particular.—Entre las divisiones establecidas, hay una que es la que ha sobrevivido, y es la de Hallé. Segun este autor, la higiene se divide en seis clases. La primera tiene por objeto la accion que egercen sobre nosotros los cuerpos que nos rodean, *circunfusa*, tales como la atmósfera, las localidades, las aguas, los climas, etc. La segunda estudia las cosas aplicadas á la superficie del cuerpo, *aplicata*, es decir los vestidos, los baños, las fricciones, los cosméticos, etc. La tercera trata de las sustancias ingeridas en las vias digestivas, *ingesta*, los alimentos y las bebidas. La cuarta abraza los ejercicios y otras acciones voluntarias, *gesta*. La quinta está consagrada á las escreciones, *excreta*. Y la sesta, en fin, se ocupa de la influencia que las percepciones, *percepta*, egercen sobre la economia animal.

Ahora bien, segun este orden, pasamos á examinar los principales puntos de la ciencia higiénica.

PRIMERA CLASE. *Cosas que nos rodean. Del aire atmosférico.* El aire, que bajo el nombre de atmósfera envuelve á nuestro globo por todas partes hasta una distancia de quince á diez y seis leguas, se compone, como es probable que vds. lo sepan, de oxígeno y de azoe: uno sirve de alimento á la respiracion, el otro por su contacto trasforma la sangre venosa en sangre arterial. Por lo tanto este agente debe ejercer sobre la economia una grandísima influencia, tanto por sus propiedades físicas, cuanto por sus propiedades químicas.

Pesantez. El peso de la columna de aire que gravita sobre cada individuo se ha evaluado en 33,600 libras (yo esplicaria á vds. en otro lugar como una carga tan enorme puede ser soportada por nuestros órganos); pero á medida que desciende ó se eleva en una cantidad un poco considerable, relativamente al nivel del mar, el resultado de la presion atmosférica varia. Bajo la presion ordinaria, todas las fun-

ciones orgánicas se ejecutan con facilidad; bajo una presión menos estensa, como por ejemplo, sobre una montaña de mediana altura, se aceleran la respiración y la circulación; los movimientos son mas vivos, el apetito se aumenta, y el espíritu está mas dispuesto. Sin embargo, es preciso tener en cuenta en esta circunstancia, la mas grande pureza y la mas grande vivacidad del aire que se respira. Pero si nos elevamos mas todavía, la respiración llega á ser penosa, experimentamos debilidad y la mas grande disposición á las hemorragias. Los mismos efectos que acabo de indicar, experimentamos en las llanuras cuando baja el barómetro: entonces se hinchan nuestras venas, la respiración es menos fácil, se entorpecen nuestros movimientos, y entonces tambien aparece la hemorragia. Resulta, pues, de lo que acabo de manifestar, que los temperamentos sanguíneos, los individuos sujetos á las afecciones de pecho y á aneurismas en el corazón, deben habitar los valles, en tanto que las personas linfáticas, deben preferir los países montañosos y elevados. Pero como siempre no es fácil al hombre escoger su habitación y trasportarla á medida de su deseo ó de sus necesidades, de un lugar á otro, aquellos que están dotados de un temperamento sanguíneo, cuyo cerebro se halla amenazado de congestiones, se les debe aconsejar que usen comidas ligeras, un alimento vegetal, la abstinencia de los trabajos intelectuales y grandes ejercicios musculares.

Movimiento del aire. Los vientos, cuando son ligeros, son un beneficio para nosotros; renuevan el aire, el choque que producen sobre nuestro cuerpo obra como un tónico; pero cuando son violentos y demasiado frios, sobre todo durante la estación

de los calores, pueden producir los mas grandes desórdenes en nuestra naturaleza. La exposición del cuerpo á un aire corriente y frio en momentos que estamos sudando, es la causa mas frecuente de las inflamaciones de pecho. Mucho recomiendo á vds., hijos míos, la precisión que hay de evitar este paso demasiado repentino de una temperatura á otra.

Temperatura del aire; estación.— Cuando en una temperatura elevada el aire es demasiado seco, causa sobre nosotros incomodidades mas ó menos grandes, y nos dispone especialmente á congestiones cerebrales. La respiración se ejecuta difícilmente, la inteligencia es perezosa, y la transpiración cutánea es muy abundante. Pero este estado atmosférico no produce sobre todos los individuos los mismos efectos, y al paso que es dañoso á los temperamentos sanguíneos, biliosos é irritables, se ve obrar ventajosamente sobre los linfáticos y los reumáticos. Los medios de contrabalancear hasta cierto punto esta condición, son el frecuente riego del suelo, un alimento vegetal, el uso de abundantes bebidas frescas, los baños y el descanso.

El aire caluroso y saturado de humedad no es menos dañoso que el anterior, y cuando reina esta temperatura, es cuando se manifiesta la peste, la fiebre amarilla, el escorbuto, el typhus, etc.

La temperatura fria y seca se aviene perfectamente al estado de salud, y con tal que el frio no sea muy intenso, es un poderoso estímulo de todas nuestras funciones. Pero no es igual la *temperatura fria y húmeda*; que en todos los estados atmosféricos es sin disputa la mas propia para producir enfermedades.

(Se continuará.)



APUNTES MORALES.

LA GARTERA

CONCLUSION.

El piloto exclamó: ¡Tierra, tierra! y Victor desembarcó en Cádiz, después de un año de escursión por Italia. Aquella misma noche entró en un vapor y pasó á Sevilla, y sin detenerse en esta ciudad mas que lo necesario, tomó un asiento en la diligencia y emprendió el camino con direccion á Madrid. Desde su partida de Génova, su espíritu se habia sumergido en una profundacavilación, que habia sucedido á la activa lucha de su conciencia contra sus tentaciones, y solo en el momento de volver á entrar en la corte pareció reanimarse un poco mas. Ocupaba él solo la berlina, su cabeza, siempre dirigida hácia la portezuela, aspiraba el aire vivo y penetrante de enero, fijando la vista sobre los paisajes que por instantes se sucedían mientras caminaba, sin que por eso se apartasen de su mente las indecisas reflexiones que, por decirlo así, atormentaban su interior.

—¿Estamos aun muy distantes de Madrid? dijo una voz que pareció salir de lo interior del coche.

—Faltan tres leguas, se oyó que respondieron.

Victor se estremeció, lanzóse bruscamente en el fondo de la berlina, y dando un suspiro, pasó la mano por la frente como queriendo arrojar lejos de sí un funesto recuerdo.

—¡Madrid! ¡Madrid! decia, ya me encuentro cerca de la ciudad que abandoné en la fuga, creyendo lanzar de mi conciencia un cruel remordimiento. ¿Es un sueño lo que me pasa?

¿he visto bien á Italia? ¿he respirado tranquilamente el aire de su hermoso cielo?... ¡Ay Dios mio! Ni la belleza de la creacion nila delarte, me han podido curar. ¿El corazon es, pues, el único espejo que puede reflejarlas? Si; ese espejo que yo tambien poseo está empañado. ¡Oh! es preciso lavar esta mancha, es preciso reparar, espiar.... ¿Pero dónde? ¿de qué manera? Yo no habia resuelto este problema terrible. ¿Qué debo hacer? ¿qué debo hacer?

De este modo pensaba Victor, y en su pecho llevaba junto el arrepentimiento con la desesperacion. Pero el coche se detuvo de repente; ya habia llegado á Madrid.

Ya se dirigia al parador, cuando oyó que le llamaban; volvió la cabeza.

—Adios, Juan, exclamó conociendo á un amigo de sus pasadas distracciones.

—Hace mil años que no te veo; ¡se pierde uno tan facilmente en este Madrid!...

—Ahora acabo de llegar de un largo viage, dijo Victor.

—Y yo tambien, respondió Juan.

—¿De dónde vienes?

—De Valencia; ¿y tú?

—Yo de Roma.

—¡A la verdad, dijo Juan con sorpresa; es mas poética!... ¡Oh! ¡La Italia! ¿Y por qué?... Yo soy entusiasta de la Italia; quiero que me hables de ella, y así no te dejas; tienes que acompañarme....

—¿Dónde?

—A la mesa; nos desayunaremos juntos.

—Pero, hombre, estoy cansado; acabo de llegar....

—No importa; vendrás conmigo: he hecho, y en verdad que no sé por qué; una elegia, una oda.... á la conquista de Méjico, y quiero tu parecer, tus

observaciones. No tengas miedo; no llegan á cien versos los que tengo que leerte; ante todo almorzaremos. Eres mío, me perteneces, te suplico que no te vayas.

Victor cedió; esta amistosa franqueza desarrugó su frente, y héle aquí marchando con Juan, quien le hace, por decirlo así, una letanía de preguntas, á las que Victor se apresura á contestar.

En medio de su precipitada marcha, se detuvo Victor de repente al entrar por una calle.... pareció que vacilaba.

—¿Qué es esto? ¿qué tienes? le preguntó Juan.

—¡Carrera de San Gerónimo!.... exclamó Victor; tomemos otro camino.

—Qué idea, dijo Juan riéndose: vamos á esta fonda inmediata. Por ventura ¿has venido de Italia con el ánimo supersticioso? ¿es moda? No temas nada; ni es martes, ni estamos á trece, ni hemos tropezado con ninguna corneja, ni con ningún carro fúnebre á nuestra izquierda. Pero te has puesto amarillo; ya esto pasa de broma; ¿qué tienes, hombre?

—Nada, respondió Victor con presteza. Y continuó su camino.

Dió algunos pasos, y nuevamente se detuvo, mirando cierto parage con horror.

—¡Diablo! exclamó Juan tirándole del brazo, ¿quieres andar? Veo que estás muy preocupado y que no me darás tu dictámen acerca de mi oda.

Victor no respondió y volvió á caminar, dejando á su amigo que hablara cuanto quisiera. Algunos instantes despues se hallaba sentado delante de una mesa bien servida y rodeada de una docena de locos que encontraban su alegría en el borde de las copas, en medio de los manjares y en las disputas. Ya se habían agitado bastantes cuestiones, ora graves, ora sencillas; el desayuno tocaba á su término; la embriaguez estaba cercana, cuando Juan cogiendo el hilo de la narracion interrumpida ya hacia algunos minutos, dijo de pronto:

—Señores, esta mañana entrando en el café de Levante me di de manos á boca con el *Diario de Avisos*, y lei un

párrafo concebido en estos términos:

—Veamos, gritaron algunos.

Y Juan prosiguió.

—Decia así: «Se ha extraviado una cartera ayer por la noche que contenia ochenta mil reales en billetes de Banco, desde la plazuela del Progreso á la calle de Atocha. El sugeto que quiera entregarla, pasará á la casa número *** cuarto ***, donde recibirá en el acto cinco mil rs. de gratificacion.»

Victor se estremeció.

—¿Cinco mil reales de gratificacion! continuó Juan; ¿no encuentran vds. en el anuncio una propuesta bastante original y estúpida?

—¿Estúpida? preguntó uno de los convidados, ¿por qué?

—¿Por qué? Porque la cartera habrá caído en manos de un hombre honrado que la devolverá sin exigir gratificacion, ó en las manos de un picaro que sabrá muy bien matemáticas, para comprender que el todo es mayor que la parte.

—Ciertamente, gritaron á un tiempo cuatro ó cinco voces. Bebamos; Juan, á tu salud.

Las copas se chocaron, se vaciaron y se volvieron á llenar. Tan solamente Victor habia dejado de beber.

—¡Un picaro, un picaro! señores míos, no puedo menos de confesar que son vds. demasiado escrupulosos, dijo el jóven que estaba enfrente de Victor: si, amigos míos; no temo el anatema de vds.; si Dios ó la casualidad (de lo cual se guardará el uno y la otra) me nombrase poseedor de semejante fortuna, la tendria por bien adquirida y haria uso de ella con la conciencia muy tranquila.

—Seria una desgracia para vd., respondió Victor como hablando consigo mismo. Si, una grande desgracia; pues la vida alegre y bulliciosa que vd. sustenta hoy, le llegaria á ser pesada y triste, pues todos los goces que vd. pudiera proporcionarse con ese oro, vendrian llenos de ponzoña.

El jóven interpelado le miró.

—¡Por vida del rey de bastos! exclamó; el que escuche á vd. no puede menos de pensar sino que es vd. un náufrago que habla de la tempestad...

¿Ha pasado vd. por esa prueba?... ¡Pobre mártir! ¡Vean vds. cómo sufre, cómo palidece!

—¡Caballero! exclamó Victor fuera de sí.

El joven soltó una estrepitosa carcajada.

—¡Vd. es un insolente! dijo Victor.

—¡Qué quiere decir insolente!... ¡a mí!

—¡Un miserable!... gritó Victor poniéndose de pie.

Un bofetón dado por el otro le impidió proseguir... En el primer instante pareció como petrificado; al tumulto había sucedido un grande silencio.

Separóse de la mesa lentamente, hizo un esfuerzo para hablar, y dijo con voz ahogada:

—Uno de los dos tiene que morir, caballero.

Ninguno se interpuso; se eligieron los padrinos, y no habían trascurrido dos horas, cuando ambos campeones se encontraban con las espadas desnudas uno enfrente del otro.

El combate duró poco tiempo; Victor cayó en tierra herido mortalmente: los cirujanos fueron llamados, hicieronle la primer cura, y declararon que la herida era mortal. El herido sonrió amargamente, dijo que le era necesario escribir, y con mano temblorosa trazó estas líneas:

«Señor don Eugenio Garardo.

«Acude pronto, si quieres abrazar á tu hermano.

VICTOR.»

El médico salió del cuarto del enfermo despues de la segunda cura, á cuyo tiempo entró Eugenio. Su rostro macilento y triste hacia traicion á un profundo sufrimiento, pero valerosamente sobrellevado, y su ropa, envuelta por el frecuente uso, pero limpia, revelaba los cuidados que le había prodigado su orgullosa vergüenza.

—¡Hermano mío! exclamó Eugenio acercándose á Victor y abrazándole con entusiasmo. Pero ¿qué tienes? ¡Dios mío! ¡Qué pálido estás!.. Oh! ¡sangre! continuó asustado, aproximando

sus manos hácia el pecho del herido.

—Sí, una herida.

—Pero... no será de peligro, ¿es verdad?

—¿Quién sabe? ten valor, ¡hermano mío! Esta herida curará otra mas dolorosa todavía.

—¿Cuál? preguntó Eugenio.

—La que hace mucho tiempo está desangrando mi corazón: siempre la tengo aquí, respondió Victor llevando la mano á su pecho.

—¿Qué me quieres dar á entender? Habla, hermano, habla.

—Sí, voy á hablar; pero antes mírame, hermano Eugenio: ¿qué ropa es esta?

—Anuncian la pobreza, ¿no es verdad? dijo Eugenio: Sí, la pobreza que arruga mi frente; pero á Dios gracias..

—¡Y yo lo ignoraba! exclamó Victor: yo que hubiera podido...

Y se detuvo.

—Victor, prosiguió Eugenio; mi desgracia comenzó el mismo día de tu partida precipitada, y desde ese día, no han cesado. Pero... ¡ay!.. ¿porqué no habré sido solo en soportarla? También otros han tenido parte en ella: un anciano, al que amaba como á un padre, y que me llamaba su hijo; una joven honesta y pura que me daba el dulce nombre de hermano, y que algun día me hubiera dado otro mas dulce...

—¿Mi tío y Maria? preguntó Victor.

—Sí, lo has acertado: las pruebas han sido crueles; pero han ido acompañadas con la alegría santa que proporcionan la tranquilidad del corazón, la resignación y la esperanza.

—Pero mi tío, ¿no era cagero de la casa de comercio de Lefort? Su... empleo le aseguraba una vida cómoda

—Ha perdido esa colocación.

—¿Por qué?

—Voy á contártelo todo... Pero temo fatigarte demasiado. ¿Sufres mucho? Esto no será nada, ¿no es verdad?

—Nada, respondió Victor con voz triste acompañada de tan delicada ironía, que Eugenio no le pudo comprender.

—Pues bien, dijo Eugenio acercándose mas á su hermano: dame tu ma-

no; así hablaré mejor.—Una noche (ya hace de esto trece meses y he sufrido mucho para poder olvidar la fecha) era invierno, había cerca de medio pie de nieve en las calles, me hallaba sentado al brasero, al lado de Maria que bordaba, mientras que yo le leía el *Museo de las Familias*: entró mi tío: encaminóse seguidamente á su despacho, comenzó á desocupar los bolsillos; se puso pálido y al fin lanzó un grito

—¿Qué le había sucedido, Dios mío?...

—Encargado por la casa de comercio donde estaba empleado, de imponer una suma considerable en casa de un rico italiano, sucedió....

—¿Fue robado?

—No; perdió la cartera que contenía esta suma en billetes?

—¿La perdió!

—Sí, hermano; pero sosiégate.

—¿Y esa cartera contenía doscientos cuarenta mil rs. en billetes.

—Efectivamente; exclamó Eugenio asustado y retrocediendo.

—Esa cartera fué perdida en la Carrera de San Gerónimo.

—Sí, dijo Eugenio; ¿pero por dónde lo sabes? ¿por qué...?

—Porque soy yo el que me la he encontrado.

—¿Tú?

—Sí, yo; Victor Garardo es quien la ha encontrado.

—¿Y qué has hecho de ella?

—La he guardado.

—¡Ah! desgraciado.

—Sí, tienes razón; bien desgraciado soy, pues esta fortuna que robé para dulcificar los instantes de mi vida, no me ha suministrado mas que infortunios, y es por último causa de mi muerte. ¡Oh! desgraciado de aquel que busca la dicha en los goces comprados á precio de oro, á precio de un oro vergonzosamente adquirido, y mas vergonzosamente sembrado en el funesto camino de los placeres. ¿Por qué no he sufrido yo como tú, hermano mío, uno de esos nobles martirios que son seguidos de una vida nueva llena de juventud y de esperanza?—Escucha, Eugenio; me queda una parte de este

oro, ciento sesenta mil rs. Que sean para ti, para tí que has padecido tanto y para mi tío.

—¿Has olvidado que no te pertenecen?

—¡Ah! tienes razón: voy á escribir entonces: dame ese papel y esa pluma.

Eugenio dió á su hermano lo que le pedía, y el herido escribió:

«Señor de Leforto:

«En mi lecho de muerte pido rendidamente su perdón. La cartera perdida hace un año por un noble y desgraciado anciano, dicha cartera yo me la encontré. De los doscientos cuarenta mil rs. que encerraba, solo ciento sesenta mil no han sido disipados. Los devuelvo á su poder por medio de don Eugenio Garardo. Perdón, perdón, caballero.

VICTOR.»

Este, despues que cerró la carta, metió la mano debajo de su almohada y sacó la cartera que entregó á su hermano. Se abrazaron en seguida; pero en este momento entró el médico.

—Caballero, dijo Eugenio acercándose al facultativo; el herido es hermano mío. Sálvele vd., yo se lo ruego.

—Le salvaré, respondió el doctor obedeciendo, tanto á la voz de la compasión, como á un signo furtivo de Victor.

Eugenio se dirigió hácia el herido.

—Ya lo oyes, le dijo Victor, bien pronto voy á sanar de dos heridas que mortifican mi seno.

Eugenio salió precipitadamente.

Al otro día, á eso de las diez de la mañana, entró lleno de alegría en la habitación del enfermo.

—Cúrate pronto, exclamó, y nuestra dicha será completa; pero ¡Dios mío! ¡qué pálido estas! se cierran tus ojos.

—Es el sueño, dijo Victor con una sonrisa tranquila, pero hálame de tu felicidad.

—El señor de Leforto ha leído tu carta y te ha perdonado; pero no te lo he dicho todo: ha pasado á ver á mi tío y se ha compadecido de su posi-

cion. Mi tio vuelve mañana á ocupar su antiguo destino en las oficinas de este comerciante.

—¡Bendito sea Dios! murmuró Victor, cuyos ojos estaban cerrados. Habla mas, hermano mio.

—Y yo... concibe mi felicidad cuando te hayas restablecido; yo no tengo nada que desear. El señor de Leforto ha sabido que mi posición en la casa que yo trabajo dependia de una cierta cantidad, y estos ciento sesenta mil reales.....

—¿Te los ha prestado?

—Si; y ahora puedo casarme con Maria. Si supieras mi contento... Recupera pronto tu salud. Te has arrepentido; el arrepentimiento es compañero del reposo, el precursor de todos los sentimientos dulces y generosos.

Victor apretó fuertemente la mano de Eugenio, se sobrelevantó dolorosamente, lanzó un profundo suspiro, y volvió á caer sobre la cama murmurando.

—Adios, hermano; Dios es justo.

Victor ya no existia.

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.



ESTRAÑA JUSTICIA DE UN CALIFA.

CUENTO ÁRABE.

Segun la eternal costumbre de los califas de todos los tiempos pasados, presentes y futuros, el célebre califa de Damasco Haroun-el-Raschid solia pasearse muy amenudo por las calles y las plazas de la ciudad, de noche y disfrado, esclusivamente acompañado de su visir favorito, quien imitando á su señor, tambien se disfrazaba. Ocioso parece añadir que estas escursiones nocturnas solo tenian por objeto instruirse y averiguar por este medio de lo que pasaba en la ciudad, y poner el mismo califa remedio á los abusos de que no habian podido tener conocimiento sus oficiales inferiores de justicia.

Cierta noche que paseaba las calles con su visir, distinguió debajo de un pórtico, á la luz de la luna, á tres hombres, cuyo trage y maneras anunciaban que eran gentes poco acomodadas, y que conversaban con cierta especie de misterio. Llamó la atencion de su

visir sobre el particular, y aproximándose cautelosamente á los parladores, se ocultó detras de una esquina y se puso á escuchar con atencion lo que hablaban.

Oyó que se quejaban amargamente de su suerte los tres, asegurando cada cual que sus infortunios no eran comparables á los de los demas hombres.

—¿Existe, decia el primero, un musulman tan desgraciado como yo? Pueda el Profeta retirar sus favores á la tribu de los escogidos, si en tanto que dura el dia no soy presa de dolorosas iniquidades. Tengo un vecino que no tiene otro gusto que echarme á perder mis asuntos, atacarmi reputacion, turbar mis propiedades, y á quien parece que Alá ha querido dotar espresamente de un vigor de cuerpo y de espíritu sobrenatural, para que mas ventajosamente dañe á mis intereses ó me quite los goces.

—¡Ah! dijo el segundo; si tu suerte es digna de compasion, la mia no le va en zaga. Tus dias pasan en medio del infortunio; pero al menos, cuando llega la noche, puedes reclinar tu cabeza sobre la almohada, y encontrar el reposo en un dulce sueño que te hace

olvidar tus pesares. Pero yo no tengo ni un momento de reposo, paso malos días y peores noches. ¡Ay! tengo una mujer que me atormenta incesantemente; en el seno de mis negocios, durante la comida, y hasta mientras dormo, su imagen me importuna, su

presencia me fatiga y su lengua me mata. Vivo en una continua agitacion, y algunas veces me he visto tentado á darme la muerte para librarme eternamente de semejante suplicio, ya que las mugeres no van al paraíso.

—Bueno, dijo el tercero; os he es-



cuchado á los dos con paciencia; pero no hallo que todos vuestros males reunidos sean comparables á mis penas. Tengo un hijo, sobre el cual ni la razon ni la bondad han tenido imperio; un hijo extravagante, perdido por la disipacion y sumergido en el crimen. A pesar de mis reconvenciones, de

mis castigos, da cada dia un paso mas en la carrera del crimen; le considero como á la vergüenza de la naturaleza, y de hora en hora temo que la venganza de Mahoma ó las leyes del país me lo arranquen por un acto ruidoso y terrible de justicia.

Estos tres individuos terminaron

con esto su conversacion por aquella noche, y se despidieron.

—Misnovo, dijo el califa á su favorito: cuida de indagar la morada de esos hombres, y haz de modo que mañana mismo comparezcan los tres en mi presencia.

El visir obedeció á su dueño, y los tres desgraciados fueron conducidos al serrallo.

Despues que el divan se reunió y que el califa, acompañado de los imanes, de los emires, y de los grandes de su corte, se sentó en el trono, mandó que los tres interlocutores de la noche anterior fuesen traídos á su presencia.

—Amigo, dijo Haroun-el-Raschid al primero que se presentó; sé que te llamas desgraciado; refiere á este hombre prudente que ves á mi lado el motivo de tus pesares.

Nuestro hombre pareció titubear en un principio; pero reparando que á una señal del visir los mudos tendían ya sus arcos, se apresuró á declarar que era el mas infortunado de los hombres, porque un mal vecino le perseguia continuamente.

Cuando finó su relacion, exclamó el califa en tono airado.

—Coged á ese hombre y que se le den seiscientos palos.

Los imanes, los emires y los grandes de la corte quedaron estupefactos, pero guardaron silencio.

El califa, volviendo á recobrar su sangre fria, llamó al segundo.

—Y bien, amigo, dijole Haroun-el-Raschid; ¿de qué te quejas? Tú tambien eres uno de los mortales á quien Mahoma se niega á socorrer.

Este, instruido del castigo que acababa de sufrir su compañero, estaba muy embarazado, y hubiera deseado no hablar; pero temiendo que le saliera peor la cuenta si se obstinaba en callar, confesó temblando que su mal genio, bajo la figura de una muger, le hacia esportar dia y noche pesares insoportables.

—Coged tambien á este, dijo Haroun-el-Raschid, y dadle seiscientos palos.

Los imanes, los emires y los gran-

des de la corte, se admiraron de este proceder lo mismo que la primera vez, pero ninguno de ellos rompió el silencio.

En fin, el tercero compareció para ponerse á las órdenes del califa.

—Musulman, dijo Haroun-el-Raschid con acento menos severo; haznos relacion de tus males.

—Comendador de los creyentes, respondió, aunque sospecho que no dudas cuales son mis pesares, no titubeo, puesto que lo ordenas, en repetir en medio de tu corte, que un hijo corrompido, cuya educacion ha sido el objeto de toda mi solicitud, ha sido la desgracia de mi edad viril, y es en la actualidad el tormento de mi vejez.

—Llevad á este honrado hombre, dijo el califa, y dadle inmediatamente 3000 zequies.

Entonces, la sorpresa de los imanes, de los emires y de los grandes de la corte se redobló; sin embargo, ninguno de ellos osó pedir al califa esplicaciones respecto á una sentencia tan singular.

Haroun-el-Raschid, despues de haber dirigido sobre todos los circunstantes miradas de satisfaccion, se levantó de su trono, y habló en los términos siguientes:

—Hijos de Alá; la sentencia que acabo de pronunciar parecerá á algunos dura y severa, y á todos inesplorable. Escuchad mis razones, y reconoced la justicia de la beneficencia de vuestro principe. Hay Dios, y Mahoma es su Profeta. ¿Los musulmanes se entregarán á quejas amargas contra Alá, cuando experimentan males que dependen de ellos mismos poderlos evitar? ¿Será menester que nuestro santo Profeta sea fatigado con quejas y lamentos, que las mas de las veces no son otra cosa que efecto de la indolencia y de la pusilanimidad de los hombres?

El primer musulman, cuya relacion escuché, y que he mandado castigar como merecia, ha acusado á la Providencia y á la justicia de mi gobierno por un inconveniente que fácilmente hubiera podido evitar cambiando de

residencia, y yendo á otra parte á ejercer su profesion de mercader.

El segundo no ha tenido tampoco motivos para quejarse. ¿Por qué parece culpable á Dios y á su Profeta de sus males, cuando tiene á su disposicion el remedio? Si tiene una mujer verdaderamente mala, y si le es enteramente imposible hacerla mejor con sus consejos y su ejemplo, ¿no puede llevarla ante el iman, notificar un acto de divorcio y repudiarla?

En cuanto al tercero, pensad bien y reconoced mi justicia. ¿Cómo puede evitarse la desgracia de tener un hijo malo? Le ha conducido por el carril de la virtud, y este hijo ha preferido seguir el camino del vicio. ¿Puede ese padre evitarse el daño cambiando de domicilio ó invocando en su auxilio alguna ley? Este pesar nos sigue fuera de nuestra casa; nos asedia en la soledad, turba nuestra comida y se sienta á la cabecera de nuestro lecho. En este caso la compasion es el menor deber, la liberalidad no es mas que una justicia.

Los imanes, los emires y los grandes de la corte volvieron de su admiracion y proclamaron en alta voz la prudencia y la sabiduria del califa de Damasco Haroun-el-Raschid.

NOBLE ORGULLO

DE UN ANTIGUO GRANDE DE ESPAÑA.

El duque de Borbon, condestable de Francia, y de la familia real, habiéndose reunido con la madre del rey Francisco I, abandonó la Francia y vino á España á ofrecer sus servicios á Carlos V, quien le acogió con mucho contento. Los nobles de Castilla, aunque bien informados de los talentos militares y valor del príncipe francés, no podían ver en él sino un traidor á su rey y á su patria, por lo que ninguno fué á visitarle. No habiendo palacio todavía en Madrid, no hallaba el emperador como alojar á Borbon el mejor de estas en Madrid era la del marqués de Villena, y el emperador fué en persona á pedirselo por algunos dias. «Señor, respondió el noble castellano, yo no puedo negar á V. M. cosa alguna, y así mi casa está á su disposicion; pero desde ahora declaro, que luego que Borbon la desocupe, yo mismo la incendiaré hasta arrasarla, como á una casa infestada con traicion, con infamia, y como indigna de ser habitada jamás por un hombre de mi honor.»

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE.

NIÑOS DE LA BIBLIA

POR DON F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

	PAGS.
Moisés	1
La hija de Jephé	55
Sanson	65
Samuel	97
Los hijos de Eli	129
Noemi	461
Ruth	195
David	225
Absalon	257
Salomon	289
Roboan	521
Eliseo y los niños	555

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA

POR DON ILDEFONSO A. BERMEJO.

Viriato	5
Numancia	36
Quinto Sertorio	68
Julio César-Angusto	100
Jesucristo.-Mártires	152
Ataulfo-Sigerico	164
Walia	496
Teodoredo.-Torismundo	228
Teodorico.-Eurico	268
Alarico.-Gensaleico	292
Amalarico	525
Tendis	555

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

De los juegos infantiles, ó de los niños y de su origen. Introduccion.	560
--	-----

APUNTES MORALES.

	PAGS.
Infancia de Cristina de Suecia	8
Guillermo Tell	41
Idem, continuacion	75
Idem, continuacion	104
Idem, continuacion	145
Idem, continuacion	168
Idem, continuacion	201
Idem, conclusion	255
La colonia	512
La cartera	542
Idem, conclusion	579

HOMBRES CELEBRES.

El papa rey	20
Idem, conclusion	46
Juan Bautista Lully	77
San Pedro	108
Valentin Duval	155
Juana Gray	179
Memorias de Enrique Jung-Stilling	206
Idem, continuacion	242
Idem, continuacion	275
Idem, continuacion	296
Idem, continuacion	528

ESTUDIOS RECREATIVOS.

La roca profunda	89
El tesoro	121
Idem, conclusion	149
Las áncoras de misericordia	185
Idem, conclusion	216
Miguel Angel	246
Juana de Arc	277
Idem, continuacion	500

	PAGS.
Idem, continuacion.	552
Idem, continuacion.	565

LA CATEDRA EN EL CAMPO,

Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

Introduccion.	45
Quimica y fisica.	52
La familia Muller.	85
Idem, continuacion.	114
Idem, conclusion.	457
Nociones astronómicas.	474
Origen del café. — Metamorfosis del mosquito.	210
Idem, conclusion.	258
Arte de nadar.	268
Los negros.	504
La enfermedad.	556
Higiene.	569

HISTORIA NATURAL.

La girafa.	255
El elefante.	286
Las águilas.	349
El caballo.	351

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

El ingrato.	27
De la beneficencia.	50
Ejemplos notables de memoria.	51

	PAGS.
La hospitalidad.	52
Los cincuenta ciegos.	57
El ramo de la reconciliacion.	65
El veterano y el recluta.	94
Un advenimiento.	95
Preparacion.	96
Los niños á los pies de su madre.	125
Los hijos del arquitecto.	126
El Perro.	127
Carta dirigida á un niño.	159
Anécdotas históricas.	160
Máximas del Talmud.	id.
El Abad de San Pedro.	188
El niño y la ortiga.	192
Chistoso viage de Jhon Gilpin.	221
El niño y la mariposa.	224
Primeros años de Zal-Zer, hijo de Sam.	249
Los tres periodos de la vida del hombre.	255
Historia de una gata contada por ella misma.	285
Los dos colegiales de Westminster.	316
El rey árabe y el poeta.	344
Recuerdos de un cosaco.	346
El sol y el vapor.	348
Variedades de la barba.	id.
La invencion del ajedrez.	350
Estraña justicia de un Califa.	379
Noble orgullo de un antiguo grande de España.	582

